

RESEÑAS

LLEDO ÍÑIGO, Emilio: *El silencio de la escritura*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1991

Este libro no puede ser recibido como obra «de actualidad». Ni la voluntad que lo anima, ni la coherencia de sus planteamientos, ni su talante filológico lo permiten.

El silencio de la escritura es un ejercicio de pensamiento crítico acerca de la filosofía y sus cometidos. Es crítico porque procura separar el espacio de la filosofía de las perspectivas más simplificadoras y discernirlo entre la interesada confusión de voces que la embotan y silencian. Su empeño consiste en redefinir la actividad filosófica de manera radical, esto es, en términos de experiencia humana.

Se entiende aquí «experiencia» en el sentido que la tradición filosófica desde Kant confiere al término: recepción de la exterioridad y elaboración interior. Dual principio de conocimiento que entraña la pertenencia del hombre a dos dimensiones paralelas: naturaleza y cultura; la una siempre presente en el ser corporal de la existencia en un espacio y un tiempo, la otra, configurada en la reelaboración progresivamente compleja de la experiencia y la constitución de una temporalidad con sentido.

El sustrato de este mundo autónomo de la cultura es el lenguaje, el *logos*. En él se inscribe, como su manifestación más histórica, la escritura transformada en texto.

El replanteamiento de la filosofía que este libro propone se apoya en la reflexión sobre ese aspecto esencial de la escritura. La consideración del texto como mediador de la experiencia filosófica muestra su verdadero valor en la invocación a la «gran tradición escrita»: asumir el marco de tradición de todo saber supone el reconocimiento del carácter histórico y colectivo —su ser cultural— de la vida intelectual.

Ello conduce a Lledó hacia una profunda indagación en el universo del *logos*. Este se nos presenta primero como superación de la inmediatez, del ámbito de la exterioridad corpórea. Se va conformando, de este modo, una textura de procesos de mediación sobre una temporalidad autónoma que deja de ser instante desde el momento en que es hablada y que vincula en una misma estructura pasado y futuro. Tal articulación es producto de la memoria. Esta, con la creación de un discurso interno, reconstruye y se apropia de las mediaciones, dota de sentido al tiempo y sustenta la cultura.

La escritura es extrema expresión de esa voluntad de memoria que configura —como teme Thamus en el mito platónico del *Fedro*— un mundo cada vez más alejado de la voz originaria, pero más firme y compartible por

el continuo empeño en encontrar un terreno común para el diálogo.

Comunidad, mediación y memoria ciñen el entramado del *logos*, del texto, y legitiman la apelación del saber filosófico a la tradición. Tal apelación otorga un valor decisivo a la insistente pregunta de Lledó acerca del autor.

Un atinado examen etimológico del término advierte en el «texto» la urdimbre, el tejido de relaciones que mantienen lector y autor. Se trata de un diálogo que da lugar al verdadero texto: la conversión de la apariencia de la escritura, de su silencio, en *logos*. Tal proceder describe desde una crítica filosófica el cometido de la hermenéutica y constituye el núcleo de una «antropología textual».

La consideración de la reflexión radical sobre la escritura como estrategia para orientar un pensamiento crítico, y el modo como esa reflexión se desarrolla en la obra que nos ocupa, revelan una sólida concepción de la filosofía atenta a su multiplicidad de referencias y a su involucración en discursos proporcionados por el ámbito de la cultura para entenderse a sí mismo, tales como la filología.

Los argumentos de Lledó contra el textualismo, contra la sacralización del texto (entre cuyos responsables menciona en una misma secuencia a autores tan dispares como Derrida y Foucault), obedecen a esta noción de filosofía. La palabra autorreferente, el texto escurridizo a cualquier indagación que lo trascienda, hipostasían la apariencia de los signos. Constituida en única instancia de apelación, el diálogo —y, con él, el *logos*— se vuelve imposible. Se desprecia, así, lo histórico en favor de lo inmediato; la memoria desaparece y, con ella, el proyecto. El «idealismo» extremo que observa Lledó en el texto así considerado no se relaciona —al contrario que las Ideas platónicas— con un marco de alusividad distinto de él mismo; exige, pues, sumisión.

Esta admonición posee, sin duda, un vigoroso alcance ético. La perspectiva ética, cuyo desarrollo explícito queda incoado al final del libro, está presente, sin embargo, a lo largo de él. Ya en su comienzo se denuncia el sometimiento silencioso al poder que persiguen quienes invocan el menosprecio de la memoria.

La búsqueda del sentido a través de las mediaciones, que fundamenta una antropología textual, pretende, además, dar cuenta —como explicita Lledó— de los problemas planteados por una sociedad multimediática. (Podríamos suponer, entre ellos, la formación de la opinión pública y la pérdida de capacidad de juicio).

En este sentido, es destacable la valoración del cultivo de la memoria como una virtud. Al igual que en el diálogo que hace unos años mantuvo con Platón¹, Lledó describe el proceso de la *anámnesis* como una voluntad constante que exige de quien la cumple un continuo esfuerzo interior a través de la *paideia* y proyectado al exterior.

En ello consiste primordialmente la «preparación» requerida al lector del texto filosófico: la formación de una disposición, de un talante, a través de la educación, «que sirve para convertir el vivir en *areté*».

La inquisición en torno al autor —que es, en realidad, pregunta por las condiciones históricas y culturales de las que surge el texto— muestra su valor moral al explicitarse la necesaria postulación de su presencia independientemente de su existencia real: reformulación del *als-ob* kantiano en el ámbito de la hermenéutica.

Como al antiguo prisionero liberado de la caverna, un afán de «solidaridad»² parece

1 *La memoria del logos*, Madrid, 1984.

2 V. op. cit. pp. 15-33.

animar la reflexión crítica de este libro. Su voluntad memoriosa, consciente del carácter colectivo del saber, lo desvincula de la actualidad, del eufórico dominio del instante. En ello, precisamente, reside la novedad de sus planteamientos. La mirada atenta hacia la tradición, la relevancia dada al proceder filológico, contrastan con la arrogancia de quien está emparedado en el presente. Cuando, a la pre-

gunta por el papel que en nuestra sociedad deba desempeñar la filosofía, se recibe por toda respuesta la adulación del poder o el bostezo estético, resulta recomendable y estimulante la lectura de este texto y la participación en el diálogo que su discretísimo autor nos brinda.

Antonio de Murcia Conesa

BOZAL, Valeriano: *Los primeros diez años. 1900-1910, los orígenes del arte contemporáneo*, Madrid, Visor, 1991

La periodización tradicional de la historia del arte sitúa a la Vanguardia, como expresión artística del siglo veinte, plenamente implantada a partir de los años diez. En el catorce, con la Primera Guerra Mundial, comenzaría verdaderamente el siglo. Los años anteriores se convierten en una suerte de antesala del vanguardismo. Según la manida definición de Greenberg, la pintura moderna representa una ruptura con la tradición pero dentro de los medios y el lenguaje de ésta. La ruptura consistiría en la postura que los artistas adoptan ante la representación, la afirmación de la superficie del cuadro en pintura y la desobjetualización del arte. Los últimos antiguos serían los impresionistas, y entre ellos y el cubismo, primer movimiento radicalmente moderno, se encuentran unos veinte años, los del cambio de siglo, en los que la producción artística no respondería a ninguna de las dos situaciones, ni permitirían contar una historia de progreso lineal, ni siquiera de ruptura revolucionaria.

V. Bozal se desmarca de la historiografía tradicional para analizar la historia de los primeros diez años, en los que sorprendentemente para la imagen tradicional, se hallan trabajan-

do y produciendo un gran número de artistas, antiguos, modernos o de difícil clasificación, según el paradigma vanguardista. Para ello elige dos criterios fundamentales de explicación; primero «la relación con la naturaleza», en un eje característico de la época como es «la tensión entre clasicismo y primitivismo» y, segundo, «la reflexión sobre la condición de la pintura y del lenguaje artístico», un criterio, por cierto, mucho más amplio que el tradicional figuración-no figuración. Sin embargo, su importancia radica en que son los ejes de una reflexión en la práctica artística, que es esencial a la modernidad desde sus comienzos dieciochescos, la representación del sujeto. Este es, a mi entender, el tema principal y el que subyace en todo el libro. Está vinculado a la posición teórica del autor, que mantiene la visualidad de las artes plásticas como su rasgo fundamental, sin ceder al mero formalismo textual, sino definiendo al sujeto de esta visión como punto final y requerido de la imagen. Un sujeto que no es conceptual, pero que tampoco es meramente óptico. Sin exagerar su corporeidad, Bozal hace alusión al carácter espacial, táctil, sexuado —en reiteradas oca-

El libro es una edición de las actas del ambicioso congreso sobre «La lingüística de la escritura» celebrado en la Universidad de Strathclyde en julio de 1986. La pretensión de los organizadores se puede calibrar a partir de la enunciación previa de objetivos que recuerdan Nigel Fabb y Alan Durant en la Introducción: «Los objetivos de este congreso son evaluar los logros del estudio interdisciplinar del lenguaje literario a lo largo del último cuarto de siglo y explorar nuevas direcciones para el futuro de la investigación en este terreno. Tomando como punto de referencia el naciente interés, alrededor del año 1960, por la utilización de técnicas y modelos lingüísticos en el análisis literario, el congreso someterá a examen los resultados de aquel programa en los años posteriores y los principales desafíos que tuvo que afrontar, tales como el impacto de la lingüística generativa, el desarrollo de sofisticadas metodologías políticas y la crítica post-estructuralista de la tradición intelectual dominante en Occidente». Un punto de referencia básico para delimitar la renovación teórica en el ámbito del estudio de las lenguas y la literatura durante los últimos 25 años, asumido en cualquier caso por los organizadores de forma explícita, es la edición por Thomas Sebeok en 1960 de *Style in Language*, que recogía las actas del «Congreso sobre el estilo» celebrado en la Universidad de Indiana en 1958. En este sentido D. Attridge plantea abiertamente que la intención del Congreso sobre «La lingüística de la escritura» era conmemorar y emular el de 1958, para así, «marcar la distancia que nos separa de él». La gran personalidad dominante en los debates teóricos sobre el «estilo en el lenguaje» fue sin duda Jacobson. Su conferencia «Lingüística y poé-

tica» ha sido un hito decisivo para toda aproximación posterior a los problemas del lenguaje poético. Attridge enfatiza la nitidez de la cuestión de Jacobson «¿Cuál es el criterio lingüístico empírico de la función poética?», y la eficacia técnica de la respuesta: «La función poética proyecta el principio de equivalencia del eje de la selección al eje de la combinación». Sin embargo, los desplazamientos filosóficos, epistemológicos y políticos de los dos últimos decenios (y cabría recordar, de nuevo haciendo referencia a un Congreso que resultó acontecimiento, el de Baltimore en 1966, *La controversia estructuralista: Los lenguajes de la crítica y las ciencias del hombre*, cuyas actas editaron Macksey y Donato en 1970), nos han hecho sensibles a los límites finalmente tradicionalistas del análisis estructural. La carencia más notable de ese análisis es seguramente su exclusión del lector y de la comunidad a la que pertenece el lector, de donde su relativa impotencia para abrir eficazmente el estudio del lenguaje literario a cuestiones históricas, sociales y políticas. Estas cuestiones han adquirido, en cambio, una específica virulencia en la situación teórica actual que reflejan las distintas aportaciones del libro —con el costo, en ocasiones, de alguna regresión epistemológica—. Desde ese punto de vista cabría destacar el sugerente ensayo de Mary Louise Pratt, «Utopías lingüísticas», que desenmascara la abstracción falseadora y el androcentrismo involucrados en la presuposición de una homogeneidad lingüística y social por parte del análisis estructural, y propone otras premisas para el estudio del lenguaje: por ejemplo, que «la mejor situación de habla para la investigación lingüística es, digamos, una habitación llena de personas que hablan cada

una de ellas dos lenguas y entienden una tercera, y tienen en común solamente una lengua con cada una de las otras personas». También muy explícita en ese sentido, la conferencia de Colin MacCabe analiza eficazmente la necesidad de estudiar los aspectos institucionales y políticos, con toda su carga conflictiva, en la enseñanza de la lengua y la literatura. Recordemos, en fin, que en el marco de esos debates tuvieron lugar intervenciones importantes de algunos de los nombres más relevantes de lo

que en el ámbito anglosajón se llama, en un sentido no muy traducible al código académico europeo, «theory»: Raymond Williams, Stanley Fish, Jonathan Culler, Frederic Jameson, y el propio Derrida, del que se recoge en el volumen un «improvisado» diálogo dominado por las implicaciones políticas del programa gramatológico.

Patricio Peñalver Gómez

GONZÁLEZ FEIJOO, J. A.: *El pensamiento ético-político de B. J. Feijoo*, Oviedo, Pentalfa, 1991, 251 págs.

No es muy normal en este país encontrar tesis doctorales acerca de pensadores autóctonos, de ahí lo grato que puede ser en ciertas ocasiones, que esto suceda. No obstante, hay determinados autores españoles, de reconocido prestigio nacional e internacional, que reciben de los estudiosos una mayor atención.

Feijoo, considerado por muchos como el introductor en España del pensamiento ilustrado, es el pensador acerca del cual versa el libro, en un principio tesis doctoral, de José A. González Feijoo.

La obra del benedictino es de una gran variedad temática: filosofía, teología, historia, ciencias físico-naturales, derecho, moral, etc., decidiéndose González Feijoo, finalmente, por el análisis de su pensamiento ético-político. Ha considerado el autor que el desarrollo de estas cuestiones, y así se constata en el libro, le permite localizar y tratar, aunque en ocasiones sea sólo de un modo tangencial, el resto de los asuntos ya mencionados.

Este estudio se articula alrededor de tres grandes núcleos mediante los cuales González Feijoo se propone caracterizar al hombre y su pensamiento.

El primero de los núcleos temáticos nos facilita el dibujo del ambiente cultural de la época, finales del s. XVII y primera mitad del s. XVIII, en que vivió Feijoo y tuvo lugar su labor intelectual. Es un período éste de decadencia cultural e intelectual, debido sobre todo a la barrera que supone la Escolástica para la ciencia moderna. A esto se ha de sumar, también, la escasez de burguesía, lo cual dificulta la difusión de la Ilustración en nuestro país. Estas consideraciones junto con la existencia de lo que González Feijoo denomina las «dos Españas», articuladas en torno a los «típicos» rasgos de carácter españoles, condiciona la cuestión de si realmente ha habido Ilustración en España. El autor opta por una solución intermedia o de compromiso que, aunque a algunos puede no satisfacer, le es muy eficaz

posteriormente a la hora de fundamentar su tesis acerca de la figura del Feijoo ilustrado y a la vez ferviente católico. Otra circunstancia, también muy cuestionable, se pone de manifiesto en el hecho de que la literatura ilustrada española se centre, casi exclusivamente, en la economía y en las ciencias naturales. Richard Herr en el libro *España y la Revolución del s. XVIII* lo explica del siguiente modo: «los ilustrados españoles eran partidarios de ideas nuevas en lo referente al progreso científico, a las reformas de la educación, a la prosperidad económica y a la justicia social. Pero, eran muy pocos los que ponían en tela de juicio la fe católica» (p. 72).

He aquí, a mi parecer, una de las claves decisivas que ha de tener en cuenta el lector interesado en el pensamiento ilustrado en general, a la hora de posicionarse con respecto a dicha cuestión. No es mi intención polemizar con González Feijoo, por lo que me limitaré a plantear, no solamente a él sino también a todos los lectores y a mí misma, las siguientes cuestiones: ¿a qué se reduce la Ilustración si de ella apartamos conscientemente, como así lo hizo Feijoo, el proceso de secularización, las corrientes deísta o ateísta, y la concepción acerca del control de la naturaleza mediante el conocimiento?, ¿no se convirtieron las fuentes ilustradas francesas, en manos del benedictino, en unos «manipulados recetarios»?

Es importante la labor de Feijoo como introductor de nuevas ideas, de cierto talante crítico y de determinados autores, en la vida intelectual de la España de los Borbones. No obstante, el límite siempre fue muy claro: la fe católica.

El segundo de los núcleos temáticos comienza y termina en el capítulo tercero del libro. Es esta una parte orientada a la exposición de los supuestos metodológicos y las raíces del pensamiento feijoniano. Son varias las etapas y muchos los autores que intervienen

en el desarrollo y constitución de su pensamiento ético-político: Feijoo se acerca a la filosofía greco-latina y escolástica estudiando sobre todo a Platón, Aristóteles, San Agustín y Santo Tomás. También influyen en él autores españoles como Francisco de Vitoria, Vives, Juan de Mariana, Francisco Suárez y Saavedra Fajardo. Con respecto a los ilustrados, González Feijoo habla de ciertas analogías con Montaigne, Bayle, Fontenelle y Montesquieu, sin olvidar a F. Bacon y a J. Locke.

Finalmente llegamos al último de los núcleos temáticos, a la caracterización del pensamiento ético-político del benedictino. Son numerosos los aspectos abordados aquí por el autor, pasando por ejemplo del estudio acerca del origen del poder político a la defensa de la mujer.

Habla González del ideal de vida feijoniano basado en la práctica cristiana de la virtud. Esto supone, entre otras cosas, el dominio férreo de las pasiones, fuente de todos los males, apareciendo de nuevo la discrepancia con los ilustrados que mantienen la necesidad vital de las pasiones. Pero las diferencias no terminan aquí, sino que llegan hasta la concepción del benedictino acerca de cuál pudiera ser el origen de la sociedad. No cabe hablar de individuos que den lugar a ella mediante pactos, siendo ésta «dada» al hombre como fruto de su naturaleza social. Además, el poder político tiene un origen divino que el pueblo debe transferir al rey. Nunca Feijoo pone en duda la monarquía como forma válida de gobierno; más aún, creo que no piensa en ninguna otra.

Por tanto, considero evidente que si algo caracteriza, no sólo al Feijoo hombre sino también, y en algunas ocasiones con más fuerza, al Feijoo pensador, es su talante religioso y la defensa a ultranza de su fe. Muy bien dice González Feijoo en la página 108 de su libro:

«Nuestro benedictino con inquebrantable fe, amor a la verdad y deseo de bien, toma como guía de sus impulsos el conocimiento y la realización de lo recto, mostrando siempre gran liberalidad y tolerancia en todo orden de

valores tanto espirituales como materiales, siendo muchos y variados los temas ético-políticos trazados en sus obras».

Ana Morales Hernández

HUME, D.: *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*, edición bilingüe de J. L. Tasset Carmona, Barcelona, Anthropos/M.E.C., 1990, 286 págs.

La novedad cultural que ofrece esta exquisita edición de la *Disertación* y de algunos ensayos de Hume se puede observar desde una triple perspectiva: desde la traducción como tal, analizando la contextualización del escrito central y examinando el problema planteado a partir de los «otros ensayos morales».

La traducción, por vez primera al castellano, de la *Disertación sobre las pasiones* constituye una aportación inequívoca de José Luis Tasset. Aunque se trate de «una obra menor, cuya función no es creativa, sino confirmación y resumen de las tesis sostenidas por Hume en el libro del *Tratado* dedicado a las pasiones» (p. 46), no por ello deja de ser relevante su lectura. Tal importancia no consiste sino en la que el mismo Hume atribuye a su propia teoría de las pasiones, piedra de toque de su planteamiento ético.

La *Disertación sobre las pasiones* fue publicada por Hume en 1757 en la obra *Four Dissertations*. Las otras tres han sido traducidas ya al castellano: *Historia natural de la religión* (Salamanca, 1974), *Sobre la norma del gusto y otros ensayos* (Valencia, 1980), uno de los cuales es la disertación «Sobre la tragedia». Ahora bien, al contextualizar el texto sobre las pasiones, J. L. Tasset nos remite con acierto no a las citadas disertaciones, sino al lib. II del *Treatise*, en un alarde comparativo documentado con rigor, como se observa en el aparato crítico. Más aún: en la misma línea de referen-

cia, observamos también que los «otros ensayos morales» han sido escritos por Hume en fecha cercana al *Treatise* y publicados en *Essays Moral, Political, and Literary* (1741-1742); uno de ellos, «De la dignidad o miseria de la naturaleza humana», en la 1.^a edición; y los otros cuatro —«El epicúreo», «El estoico», «El platónico» y «El escéptico»—, en el vol. II de la 2.^a ed. (1742). Nos recuerda el editor la opinión de T. H. Green y T. H. Grose, según la cual Hume ha puesto en ellos «algo más que el ordinario cuidado, adornándolos con floridas imágenes, y puliendo las frases con tal precisión, que las siguientes ediciones apenas hacen alteración alguna en su lenguaje». Y aquí comienzan los problemas teóricos, planteados en su mayor parte en la Introducción.

Frente al tratadista, se hace hincapié en el ensayista; frente al crítico escéptico, se descubre al filósofo de la pasión; frente al historiador o a la epistemología empírica, se nos presenta ante todo al pensador moral. Tres aspectos que configuran las tres líneas fundamentales de la documentada Introducción. Enmarcada en la epistemología, la teoría de Hume acerca de la pasión es la piedra angular sobre la que alza el edificio moral. Dicho marco teórico exige dilucidar, primero, los diferentes sentidos del concepto de «razón», para analizar después, por una parte, el concepto de «pasión» y, por otra, el conflicto entre razón y pasión. Es este

tercer problema el que constituye la clave del proyecto moral de Hume. A juicio del editor, «toda la teoría de la acción moral de Hume gira en torno a la cuestión del papel de las pasiones y de la razón en este tipo de acciones» (p. 33).

Ahora bien, ¿es cierto que «la razón es, y sólo debe ser, una esclava de las pasiones» (*Treatise*, p. 415)? Contra la tesis racionalista —razón dueña de las pasiones— no sólo esgrime Hume la actitud escéptica, sino que se pronuncia en términos de una escisión evidente entre racionalidad y moralidad. No obstante, la escisión no es abismal, pues como observa J. L. Tasset, «la razón influirá en las acciones morales» (p. 45).

Pero si la razón no desempeña, en la acción moral, el papel hegemónico que le confiere el racionalismo —Descartes, por ejemplo—, difícilmente podemos identificar a Hume con el *estoico*, como pretenden T. H. Green y T. H. Grose; menos aún con el *platónico*. Dado el papel de la pasión, parecería que Hume habla más bien por boca del *epicúreo*; no obstante, al término del perfil de éste concluye: «Por el momento es suficiente familiarizarse con esta filosofía para proporcionar una ilimitada libertad al amor y la alegría, y para disipar todos los escrúpulos de una superstición vana. Mas, mientras la juventud y la pasión, querida mía, mueven nuestros prestos deseos, debemos encontrar más alegres materiales de conversación para alternar con estas amorosas caricias» (p. 191). Es cierto, en parte, que Hume se dedica en estos cuatro ensayos a reproducir y analizar los paradigmas filosóficos-morales más tradicionales. Pero sería erróneo inferir de ahí que Hume habla del paradigma *escéptico* como de los demás. Una vez más se refleja en él, aunque con sabio distanciamiento. La actitud escéptica significa, en Hume, no negar por negar, sino sobre todo sospechar y discutir los argumentos de las tesis que considera erróneas:

«He abrigado largamente sospechas respecto a las decisiones de los filósofos en todas las materias, y he descubierto en mí mayor inclinación a discutir que a aceptar sus conclusiones» (p. 225). La intención de Hume, pues, al mostrar las cartas de su juego lingüístico al comienzo de «*The Sceptic*», no es eludir los problemas que son objeto de la reflexión filosófica y, en este caso, moral. Al contrario, todo lo que tiene que ver con «la vida humana y los métodos de alcanzar la felicidad» (p. 226), esto es, los razonamientos de los filósofos, los supuestos en que se apoyan, las conclusiones a las que llegan, constituyen motivo de alarma y sospecha para un pensador moral, Hume, que no sólo discute paradigmas dados, sino que somete a crítica y debate conceptos básicos como razón y pasión, virtud y felicidad, naturaleza humana y acción moral, entre otros.

Tiene razón, pues, N. Kemp Smith al sostener que Hume no es sólo el que pone la guinda al empirismo de Locke y Berkeley, ni el simple predecesor de Kant, sino que es ante todo un pensador original. Tiene razón J. Passmore al defender que dicha originalidad se muestra particularmente en el problema moral. Pues bien, la excelente edición de la *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales* no sólo confirma dichas tesis, sino que aporta materiales indispensables para un conocimiento más aproximado de la filosofía moral de Hume. Conocimiento que exige tener presentes las cartas del juego, mostradas también en otro lugar: «Soy sensible al hecho de que nada puede ser más antifilosófico —nos dice Hume— que ser positivo o dogmático en relación con cualquier tema y que un *excesivo* escepticismo, si pudiera sostenerse, no sería más destructivo respecto a todo justo razonamiento e investigación» (*Investigación acerca de los principios de la moral*, Secc. IX, 1751).

Eduardo Bello

GIDDENS, Anthony, *Sociología*, Alianza Universidad Textos, Madrid, 1991 (orig. inglés, 1989), 846 págs.

Anthony Giddens es uno de los autores más originales e interesantes en el ámbito de la sociología y, en general, de las ciencias sociales contemporáneas. La razón es bien sencilla: ha dedicado todos sus esfuerzos a la elaboración de una nueva teoría social (véase *Las nuevas reglas del método sociológico*, Amorrortu, Buenos Aires, 1987, y, sobre todo, su obra *The Constitution of Society*, Cambridge, Polity Press, 1984). Para ello, comenzó retomando y renovando la obra de los grandes fundadores, principalmente de Marx, de Durkheim y de Weber (a estos tres autores dedicó, ya en 1971, su estudio *El capitalismo y la moderna teoría social*, Labor, Barcelona, 1977). De manera muy especial, Giddens ha tratado de revisar y reelaborar uno de los puntos más débiles del materialismo histórico: su teoría del Estado nacional moderno (véase, sobre este tema, *Nation-State and Violence*, Cambridge, Polity Press, 1985). Pero Giddens no se ha limitado a beber de los clásicos sino que ha estado muy atento a los más actuales y dispares desarrollos de las ciencias sociales, e incluso ha prestado atención a lo más vivo del pensamiento filosófico contemporáneo, desde Heidegger hasta Foucault, pasando por la teoría crítica de Habermas.

Sin embargo, en España no es muy conocido todavía, y mucho menos leído. Algunas de sus obras más importantes aún no han sido traducidas. Por eso, es sorprendente —y muy de agradecer— que se haya traducido con tanta rapidez su más reciente trabajo. La explicación, no obstante, salta a la vista: se trata de un manual destinado a los estudiantes universitarios, por lo que la editorial tiene asegurada su difusión. Es más, se trata de un manual excepcional. Como se anuncia, con toda razón,

en la portada, es «el texto introductorio más completo, actualizado e innovador que se ha publicado hasta el momento». Pero es algo más que un manual, y por eso lo reseñamos aquí.

El texto, en efecto, está bien organizado, bien redactado y bien documentado. Consta de siete partes, que cubren de manera sumaria pero suficiente el vasto campo de las ciencias sociales. La primera parte es una introducción general a la sociología, una atinada reflexión sobre su estatuto y su valor crítico en el mundo moderno. La segunda parte se ocupa de la noción antropológica de cultura, del origen, diversidad y evolución de las culturas, de los tipos de sociedades y civilizaciones, de los procesos de socialización del individuo, de las relaciones de interacción en la vida cotidiana, de los problemas de integración y desviación, de las relaciones homo y heterosexuales (incluidos los problemas de la violencia sexual, de la prostitución y del SIDA). La tercera parte está dedicada a las estructuras y relaciones de poder, a la división social en clases, castas y etnias, a las organizaciones de vigilancia y castigo, a los Estados y formas de gobierno, a los ejércitos, las guerrillas, el terrorismo, la carrera de armamentos, etc. La cuarta parte analiza las instituciones sociales básicas: la familia y los sistemas de parentesco, la educación y los sistemas de comunicación, el trabajo y la vida económica, la religión y sus formas. La quinta parte está dedicada a los procesos de cambio social en el mundo moderno, esto es, al gran problema de la modernización, con todas sus implicaciones económicas, culturales, urbanísticas, demográficas y socio-políticas. Giddens presta atención especial al cambio mismo en la experiencia social del tiempo. La sexta parte está dedicada a ex-

poner los diversos métodos de investigación en ciencias sociales, así como los hitos principales en el desarrollo de la teoría sociológica. Por último, la séptima parte proporciona un glosario de conceptos básicos, otro de términos importantes, una extensa bibliografía y unas útiles recomendaciones para consultar las bibliotecas. Además, cada capítulo incluye un resumen, una lista de conceptos básicos, otra de términos importantes y una tercera de lecturas complementarias.

Es difícil encontrar una obra de este tipo que esté tan bien estructurada, que sepa combinar el rigor teórico con la documentación empírica, y que además revele una notable sensibilidad crítica hacia los más graves pro-

blemas del mundo contemporáneo, desde la violencia nacional —y nacionalista— hasta la violencia sexual —y sexista—, pasando por los problemas de la desigualdad social, la marginación y el subdesarrollo. Pero todo esto no es por casualidad. En realidad, este libro es el fruto maduro de una prolongada carrera que Anthony Giddens ha llevado a cabo como profesor de sociología en la Universidad de Cambridge, como animador de la editorial Polity Press y como autor de importantes estudios que han contribuido a renovar la teoría social.

Antonio Campillo

DUBY, Georges y PERROT, Michelle (eds.), *Historia de las mujeres, I. La Antigüedad*, Taurus, Madrid, 1991, 654 págs.

Nos llega a las manos el comienzo de un ambicioso proyecto editorial que vio la luz originalmente en Italia, a pesar de estar dirigido por dos prestigiosos historiadores franceses. La obra se sitúa en una línea de investigación que, como reconocen sus directores en el prólogo, tiene ya una cierta historia. El hilo conductor de los cinco volúmenes que componen esta *Historia de las mujeres* (Antigüedad, Edad Media, Renacimiento y Edad Moderna, Siglo XIX y Siglo XX) es la relación entre los sexos, y el modo en que esta relación se ha ido configurando y transformando a lo largo del tiempo. Se trata de analizar las relaciones entre los sexos no como marcas eternas e inmovibles sino como el resultado de una «construcción social» y, por tanto, como algo susceptible de ser «desconstruido».

El proyecto es ambicioso, puesto que pre-

tende abarcar desde la Antigüedad hasta nuestros días. Acepta la periodización convencional de la historia occidental y admite implícitamente su validez, pero al mismo tiempo reconoce que la división tradicional de la historia de Occidente no siempre concuerda con las principales «continuidades» y «discontinuidades» de la historia de las mujeres y de las relaciones entre los sexos.

Los directores subrayan los límites histórico-culturales de esta investigación, centrada —fundamentalmente, aunque no exclusivamente— en el estudio de las tradiciones greco-latina y judeo-cristiana. En otras palabras, se trata de una historia de «las mujeres blancas», que se confiesa «europeocéntrica». En el tratamiento de los diversos problemas, se intenta resaltar las aportaciones de las mujeres a una historia europea común y no la actividad

que desarrollan en sus distintos espacios nacionales. Es, por tanto, una historia «temática», porque agrupa lo diverso de las aportaciones en «conjuntos comparativos». No se pretende realizar un estudio exhaustivo de los problemas, sino integrarlos en un marco de reflexión más amplio.

Ciertamente, es una historia plural, ya que reúne trabajos de diversos autores, con distintos enfoques, métodos y lenguajes. Pero, a pesar de esta heterogeneidad, hay un punto de partida fundamental, que es común a todos los autores y autoras que participan en este proyecto: «el tomar en serio la historia de las mujeres». La pluralidad que realmente importa está en el objeto mismo de estudio, que no es «la mujer», sino «las mujeres». Se huye en todo momento del planteamiento esencialista de la condición femenina, resaltando ante todo la diversidad de las condiciones sociales, de las creencias religiosas, de la etnia e incluso del itinerario individual.

Se admite como un hecho probado y generalizado la dominación masculina en la historia de Occidente, matizando que esa dominación ha sido variada y variable. Esto no significa que las mujeres hayan carecido de poder; al contrario, la investigación histórica nos muestra cómo ha ido articulándose ese poder en cada caso: como «contrapoder», como «consentimiento», como «resistencia», como «compensación», etc. A pesar de todo, el gobierno —tanto existencial como político— de las mujeres ha estado en manos de los hombres, y ha acabado generando la mal denominada *naturaleza* femenina.

En el primer volumen, dirigido por Pauline Schmitt-Pantel, intervienen investigadoras tan prestigiosas como Nicole Loraux —con un bello trabajo titulado «¿Qué es una diosa?»—, Giulia Sissa —con un interesante estudio sobre «Las filosofías del género: la di-

ferencia sexual en Platón y Aristóteles»— y Aline Rousselle —con un trabajo sobre «La política de los cuerpos: entre procreación y continencia en Roma»—. Conviene resaltar también la aportación española a este volumen, ya que en ella se refleja el estado en que se encuentran las investigaciones sobre las mujeres en nuestro país. El mito, el derecho, la iconografía, la filosofía y la religión son, entre otras, las fuentes de las que se nutre el presente volumen.

Para terminar, quiero alabar la decisión de la editorial Taurus de publicar esta *Historia de las mujeres*. No solamente es una obra de gran calidad, seria, original y rigurosa, sino que, además, recupera para la memoria el conocimiento de las zonas oscuras de nuestro pasado, injustamente relegadas al olvido. Esta recuperación, este reconocimiento de lo oscuro, de lo olvidado, de lo *diferente*, es esencial para repensar la identidad individual y colectiva del género humano.

Como dije al principio, la labor de recuperación de la experiencia histórica de las mujeres tiene ya una cierta historia. Últimamente, se han publicado en nuestro país varias «historias», todas ellas con un objetivo semejante: la francesa *Historia de la familia*, presentada por Claude Lévi-Strauss y por el propio Georges Duby, cuyo primer volumen ha sido editado por Alianza (Madrid, 1988); la norteamericana *Historia de las mujeres: una historia propia*, cuyo primer volumen ha sido escrito por Bonnie S. Anderson y Judith P. Zinsser, y editado por Crítica (Barcelona, 1991); y la francesa *Historia de la vida privada*, dirigida por Philippe Ariès y, una vez más, Georges Duby, también editada —en cinco volúmenes— por Taurus (Madrid, 1987-1991).

Alicia Poza

PEÑALVER GÓMEZ, P.: *La deconstrucción: escritura y filosofía*. Barcelona, Montesinos, 1990 (Biblioteca de Divulgación Temática n.º 53), 173 págs.

Resultaría inexacto, hoy por hoy, seguir afirmando, como sí era lícito hacerlo no hace tampoco muchos años, que Jacques Derrida es un pensador poco conocido en España. En nuestro país son ya numerosas las traducciones que se han realizado, sobre todo recientemente, de varios de sus libros y artículos: asimismo se ha dedicado en estos últimos años algún número monográfico de revistas especializadas o algún suplemento de periódico a su pensamiento y, finalmente, él mismo ha venido a España en varias ocasiones invitado por algunas universidades para dar conferencias y seminarios.

Dicho esto, no obstante, los estudios que sobre el pensamiento de Derrida se han escrito en castellano son escasísimos. El libro de Patricio Peñalver tiene, pues, entre otros muchos méritos el de contribuir a suplir dicha carencia.

La escritura de la filosofía o la filosofía como texto: este es, sin duda alguna, el foco determinante de atención de la estrategia derridiana de la deconstrucción (aunque ¿no sería mejor decirlo desde ahora mismo?: las estrategias son tan variadas como diversas son las deconstrucciones). Pues bien, Peñalver parte precisamente de esa importancia que el pensamiento de Derrida («pensamiento de la escritura» como le gusta a Peñalver llamarlo) otorga al texto y recurre constantemente a dicha premisa para guiarnos por el proyecto derridiano de la mano de esos mismos textos. De la mano de ellos nos introduce así Peñalver no sólo en los intrincados contextos histórico-

teóricos (estructuralismo, fenomenología) en los que se forja dicho pensamiento, sino asimismo en la hipótesis gramatológica, en la(s) deconstrucción(es) de la tradición cultural de Occidente, en sus estrategias y vericuetos y, cómo no, en la escritura. Una escritura bífida y rigurosa, sinuosa e insinuante, tortuosa pero también tentadora, a menudo irónica, que recorre conformando y diseminando a la vez el pensamiento de Derrida a través de sus propios textos y de los textos de otros tantos escritores, filósofos y literatos, etc.

Y es que la recepción del pensamiento derridiano y de sus estrategias es tan fecunda como lo es el propio pensamiento de Derrida. Y dicha fecundidad no se limita al ámbito de la filosofía sino que siembra sus frutos en otros terrenos como la literatura, la política, el derecho, la pintura, la arquitectura, el cine... El último capítulo del libro de Peñalver recoge muy oportunamente uno de estos aspectos: la renovación que para la moderna teoría de la literatura supone la recepción angloamericana de la deconstrucción derridiana.

El libro de Patricio Peñalver, al ser su autor un magnífico conocedor de Derrida, no sólo nos introduce espléndidamente en el pensamiento derridiano sino que, además y sobre todo, nos incita a leer a Derrida. Esta reseña no puede ni quiere ser, evidentemente, un resumen del estudio de Peñalver pero sí está guiada por una intención similar a la suya: la de la incitación.

Cristina de Peretti

La noción de obra de arte ocupa un lugar privilegiado en la filosofía del Romanticismo alemán. Influida de forma decisiva por la *Crítica del Juicio* kantiana, pretende que el Juicio estético, que en Kant tenía carácter subjetivo, posea objetividad a través de la obra de arte, preservando evidentemente el resto de sus rasgos: universalidad, necesidad y aconceptualidad. La representación estética de la naturaleza en el arte se entiende como expresión de una relación no mecánica del hombre con la naturaleza, en la que ésta no es mero objeto de conceptos, sino que es sentida como libre. La forma libre de la naturaleza coincide con la del espíritu, de tal manera que la expresión sensible de su libertad es la expresión del sentimiento de aquella. Los dos presupuestos formales de la teoría del arte romántica son autonomía y coherencia interna de la obra, que simbolizan la libertad y universalidad de ese sentimiento. Hay que señalar que estos dos rasgos son asumidos prácticamente por todas las teorías modernas del arte, desde las más expresionistas hasta las formalistas, incluso las teorías de las vanguardias clásicas. Para unas, el fundamento sería la naturaleza del lenguaje, el artístico en particular, para las románticas, la subjetividad y el sentimiento. En teoría tampoco se oponen necesariamente (v., por ejemplo, la concepción del lenguaje de Humboldt).

Javier Arnaldo analiza, en la producción pictórica alemana entre los años 1795 y 1815, los rasgos y la noción de *estilo*, clave de la concepción artística romántica. El estilo debe ser en la imagen la forma de esa autonomía y coherencia internas. El autor parte de la carencia de un estilo romántico, escoge alguno de los procedimientos formales más represen-

tativos y trata de interpretar la producción artística de esos años según sus propios principios. Su estudio muestra la ambición y los límites de la empresa romántica (en buena medida los del arte contemporáneo). Por un lado la obra de arte sería la expresión de un sentimiento, una vez desechada la teoría mimética; su validez consistiría en la autenticidad. Por otro, la forma de la expresión sería símbolo de la forma de un contenido; por tanto, su validez consistiría en la adecuación. Así pues se trataría de conjugar el carácter representativo con el expresivo, de tal modo que la expresión lo fuera de un sentimiento en el que se representara de forma inmediata el contenido. La dificultad del pensamiento romántico consiste además en el hecho de que la expresión lo es de la libertad del sujeto, la representación, de la finalidad de la naturaleza; en suma, las características materiales y técnicas del estilo están subordinadas a la expresión-representación de un contenido suprasensible.

Estilo y naturaleza muestra el carácter ideal de semejante intento. La primera parte del libro expone el difícil equilibrio de la obra de Friedrich, Runge o Schinkel, entre otros, al buscar en la forma los principios de interpretación de la totalidad e infinitud de la naturaleza sin caer en la afectación del sentimiento ni de la expresión, en un movimiento en el que los rasgos individuales han de ser sometidos al «estilo auténtico». El rechazo del academicismo tanto como de la originalidad individual hacen del estilo sólo un momento del proceso de realización del ideal. La imagen se ofrece entonces como posibilidad de una interpretación, reflexión, del principio que le proporciona su cohesión interna.

La segunda parte del libro se ocupa de la filosofía del arte y la naturaleza románticos. Sin este contexto filosófico, la interpretación de la producción artística de la obra es insatisfactoria o incompleta. Si el intento era hacer del arte verdadera filosofía (v. «Poesía y filosofía»), el resultado es el de un arte filosófico, es decir, heterónimo, en el que la complejidad de la idea no tiene expresión inmediata en la superficie pictórica. Hacer justicia al arte ro-

mántico sólo es posible entonces desde la violación del principio de autonomía, expresión última del intento romántico y dogma también de la concepción moderna del arte.

Estilo y naturaleza es una magnífica exposición de la teoría romántica del arte, en la que vemos conjugados, como en pocas ocasiones, el rigor filosófico y el histórico-artístico.

Francisca Pérez Carreño